

VACACIONES A LA ESPAÑOLA **y5**

# CERCEDILLA

Y

# LOS RODRIGUEZ

Por LUIS CARANDELL • Fotos: MARTINEZ PARRA



**"M**ADRID, en verano, sin familia y con dinero, Baden-Baden", dijo, al parecer, Silveira en alguna ocasión memorable. Desde entonces, Madrid tiene fama de ser el más elegante, el más reputado y también el más divertido de todos los centros veraniegos de España. En ninguna parte, dice y repite la gente, se pasa mejor que en Madrid, en verano, sin familia y con dinero.

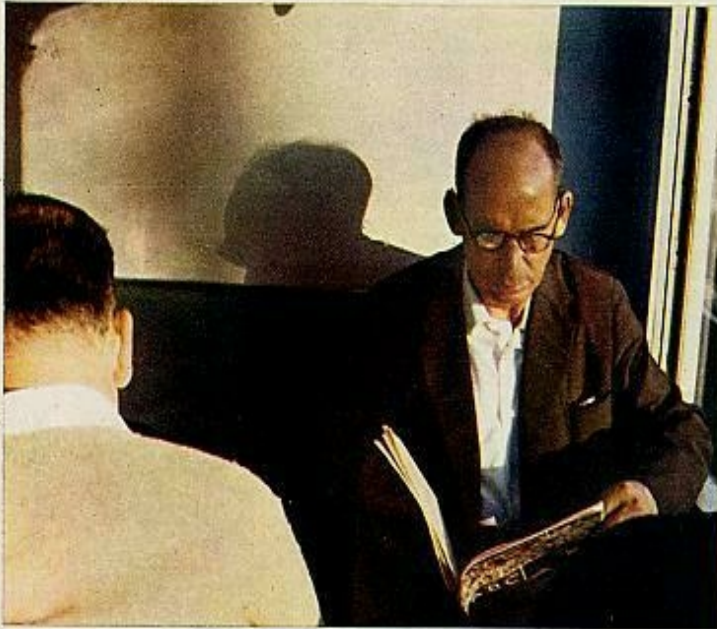
Porque, eso sí, el veraneo de la Villa y Corte es veraneo segre-

gacionista. No aprovecha sino a lo que, en madrileño castizo, ha venido llamándose «el sector masculino» de la sociedad. Al otro "sector", al femenino, se le supone, a estos efectos, veraneando en estaciones menos divertidas que la Baden-Baden borbónica de las orillas del Manzanares en compañía de la abuelita, la criada, una amiga que suele llamarse Paloma y los niños.

Pues resulta que al elegir yo como título del último reportaje

*Pasa a la página 19*



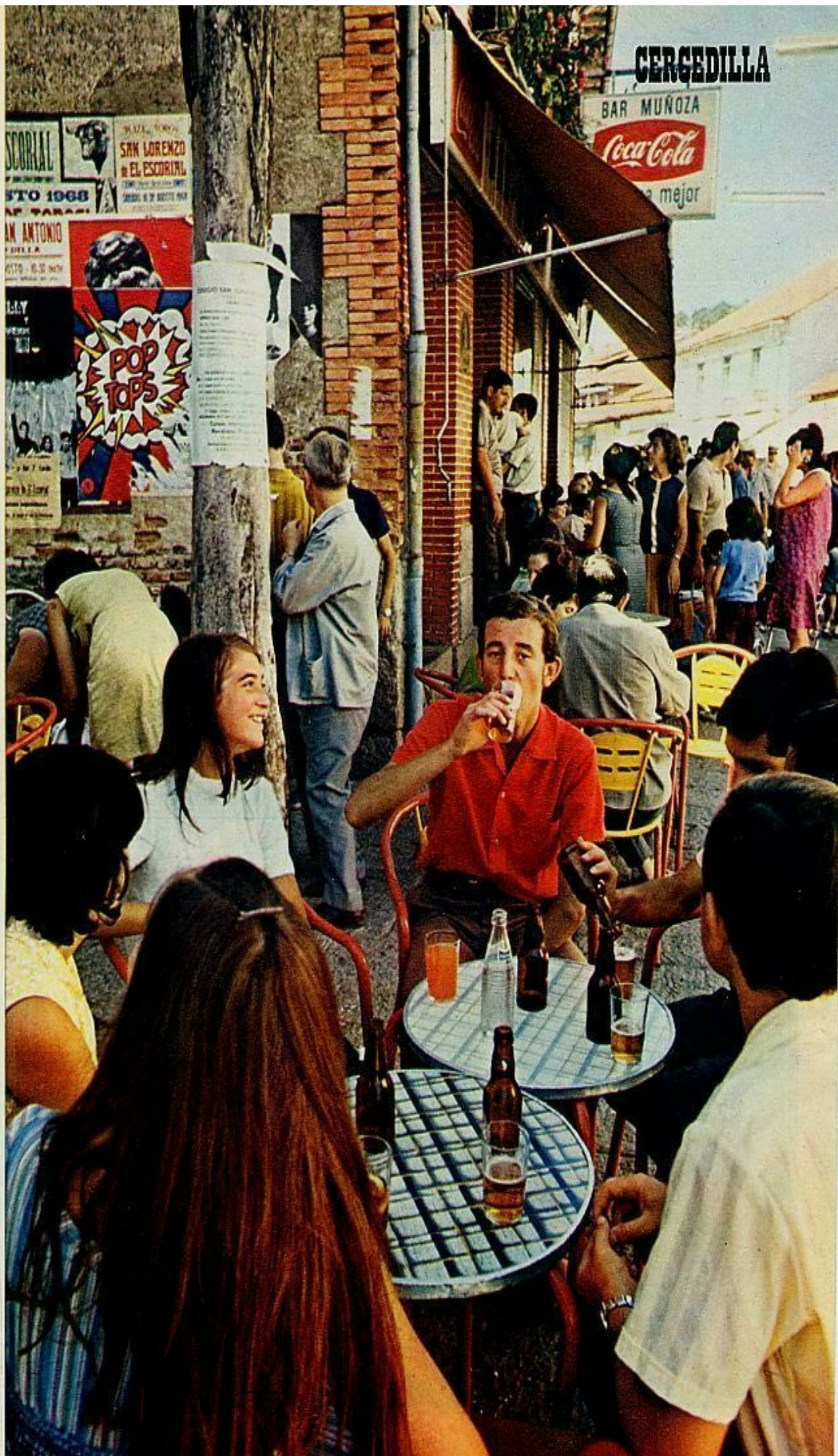


Ahora son muchos los maridos que vienen en sus utilitarios, pero la estación se ve llena de gente a la hora de la llegada de los trenes.

Abajo, la piscina de San Antonio.

Por lo general, los chalets tienen también pequeñas piscinas particulares.

A la derecha, las terrazas de la plaza del pueblo, donde se toma la especialidad madrileña llamada «sardinas a la bombi».

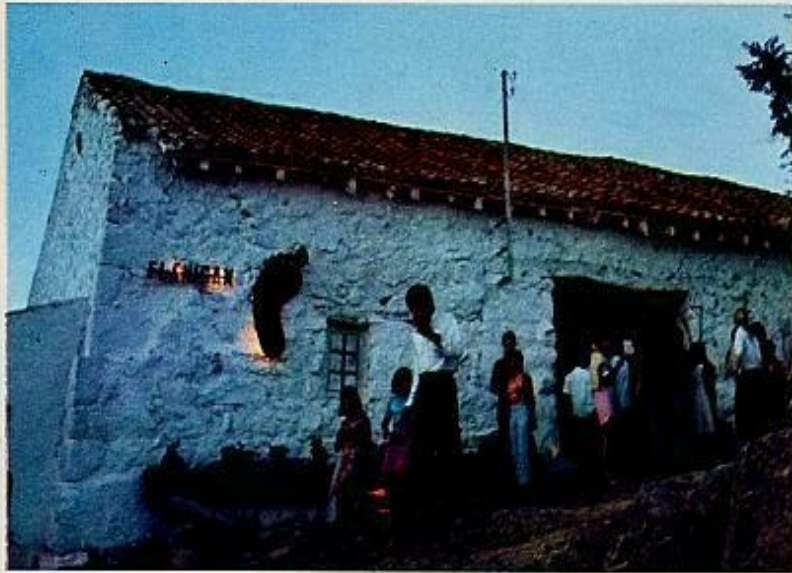


# CERCEDILLA

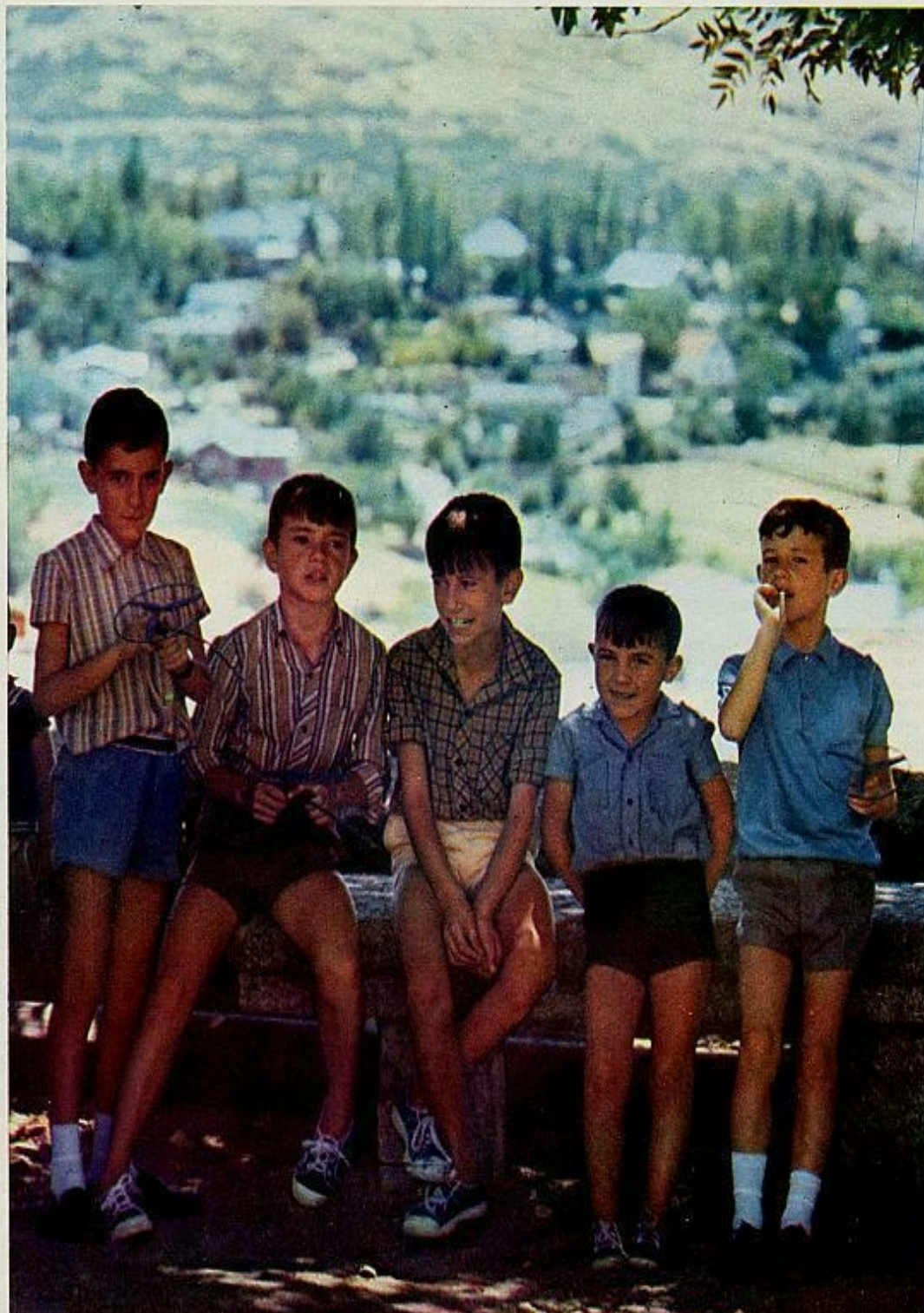


La estancia en Cercedilla tiene la calidez recoleta del veraneo antiguo. Los sábados se llena de familias felices de encontrarse tras la separación.





Sobre estas líneas, el club Flanigen, instalado en una antigua cuadra, es lo más moderno que Cercedilla puede ofrecer.



El Seat-124 de TRIUNFO de vuelta a Madrid después del largo viaje del veraneo español, realizado en un tiempo record.

En las noches  
de verano  
una multitud  
de hombres  
pulcramente  
vestidos  
y cuidadosa-  
mente  
afeitados  
ocupan  
Madrid,  
a la que ya  
Silvela  
comparaba  
con Baden-  
Baden.



Viene de la página 13

de esta serie el de «Cercedilla y los Rodríguez, el compañero chinche y pejiquera de quien he hablado en otras ocasiones se me puso muy serio y empezó a murmurar por lo bajo palabras inconexas. Me enfrenté con él y le pregunté en madrileño, para que me entendiera: «¿Qué **relatas** tú ahí?». «Francamente —me respondió—, que hayas hecho un viaje rápido por la costa española pasando por alto pueblos y ciudades importantes, comiéndote playas de reputación mundial, o despachándolas en unas líneas, y ahora dediques todo un artículo a un publicito como Cercedilla me parece una desproporción». Tuve que explicarle todo lo que la Sierra de Guadarrama y Cercedilla significan para el veraneo de la capital. Ciudad rodeada de páramos rojizos y de fincas de secano del conde de Romanones y otros Grandes de España, mal regada por un Manzanares exiguo, falto, ortopédicamente protegido por decretos ministeriales, Madrid tiene en la Sierra su mejor oreo. En el invierno, el aire de la Sierra, «que no apaga un candil y mata a un hombre», entra por la calle del Arenal manteniendo en la ciudad el clima frío y seco que la ha hecho famosa. En verano, por las tardes, después de haber estado el sol durante todo el día aporreando los tejados, envía el Guadarrama puntualmente un soplo fresco que le limpia el cutis y le deja suave, como señora recién empolvada que espera visita. Después de la cena, al filo de las once, tiene la ciudad en verano su hora sublime. El éxodo de los utilitarios y la reducción de su demografía le devuelven algo de su pristino carácter. El pueblo de Madrid, trabajador y honrado, no obtuvo nunca de la máquina del centralismo las ventajas que en otras partes de España se le suponan. Siguió trabajando duramente, y a esta hora de la noche le vemos sacar a la puerta de la calle las sillas de anea y el botijo de agua fresca. Los chiquillos juegan en las plazuelas y los ancianos matrimonios salen a dar un paseo antes de acostarse. Los empresarios, rezagados en sus oficinas, estudian la manera de atender el vencimiento de mañana. Viste el sereno la bata de dril y empuña el chuzo y el manajo de llaves dispuesto a empezar su servicio. Saca la criada a pasear al perro. Peroran los abogados en la sobremesa arreglando negocios de lejanas provincias. Las terra-



zas de las cafeterías se van llenando poco a poco de la nueva clase media que sorbe con fruición la horchata valenciana incluida en su diario presupuesto. A esa hora, la población flotante de Madrid, saliendo de restaurantes y tabernas, desemboca como un solo hombre en la Gran Vía, y los aldeanos, traídos de los pueblos en autobuses, entran en los teatros de revistas a darse una panzada de reír. A esa misma hora, un señor del ministerio de Agricultura saca la mano por la ventana para ver si llueve; el concejal de tráfico se rasca la cabeza pensando en el próximo invierno; don Alfonso Paso enciende en el Gijón su primer puro; fray Justo Pérez de Urbel reza el breviario, y en los salones de la Gran Peña un terrateniente del Sur canta las cuarenta. A esa hora también, cuando se están cerrando los portales, los Rodríguez se miran en el espejo del recibimiento y, ajustándose el nudo de la corbata, salen a la calle bajo la mirada inquisitorial de la portera.

## CERCEDILLA...

Las doce serían del sábado cuando llegué a Cercedilla con mi compañero, el fotógrafo Martínez Parra. Recorrimos el pueblo de punta a punta, a lo largo de cinco kilómetros que se extienden por empinadas cuestas

en la ladera del monte. Ibamos buscando la casa de un amigo, el médico Pedro Caba, quien al salir de Madrid me había dicho: «Mira, no tiene pérdida. Preguntá por la casa del pintor Ripollés, que pasa allí todo el año y es muy conocido. Yo vivo en el piso de arriba». Pregunté por el pintor en una taberna y el tabernero me dijo: «Bueno, pero, ¿es pintor o artista pintor?». «Artista pintor —contesté yo—, perdone». Se dio el hombre una palmada en la frente, como recordando, y exclamó: «¡El barbas!». Y añadió una frase que habría hecho las delicias de don Santiago Bernabéu, si cierto periódico levantino tiene razón: «Ah, sí, es uno extranjero, catalán o algo parecido». Juan Ripollés es de Castellón. Lleva una barba plúrima, que le ha valido el calificativo con que el pueblo le conoce. Pinta toreros besando a los toros y parejas de novios volando por los aires. Trabajó durante una temporada en París, en la galería de Drouand David, pero terminó con ellos porque ponían reparos al amarillo limón. Cultiva lechugas y tomates en el pequeño jardín de la casa. Trata con todo el mundo, es amigo de todos y organiza de cuando en cuando exposiciones de dibujos infantiles. Tiene mujer y tres hijos pequeños. Los chavales del pueblo le siguen a todas partes a menudo cantando: «El Barbas

es pistonudo. Como el Barbas no hay ninguno».

Salimos a dar una vuelta por el pueblo esperando la hora de la comida. El antiguo pueblo de Cercedilla, con sus casitas de adobe, ha quedado hoy prácticamente oculto tras los chalets de granito con tejados de pizarra donde viven los veraneantes. Incluso las Iglesias son de nueva planta. Pero contemplando el reducido núcleo del viejo poblado se puede muy bien apreciar lo que sería Cercedilla si no fuera por el veraneo. Un publicito de la Cordillera Carpetovetónica. En invierno, cuando la Bola del Mundo y los Siete Picos, e incluso la pequeña colina que lleva el gracioso nombre de La Pimpollada de los Burros, se cubren de nieve, Cercedilla recupera su primitivo carácter. Lo ganado durante el verano, con los alquileres de los hotelitos o los servicios prestados a la colonia, no basta para cubrir las necesidades de la gente. Los terrenos de los alrededores se dedican principalmente a los pastos para alimentar a un ganado vacuno escasamente seleccionado y no demasiado productivo. El precio que pagan las centrales lecheras, dicen los campesinos, no cubre apenas los gastos. Afortunadamente, durante el verano pueden vender la leche directamente a los consumidores. La «guerra blanca»

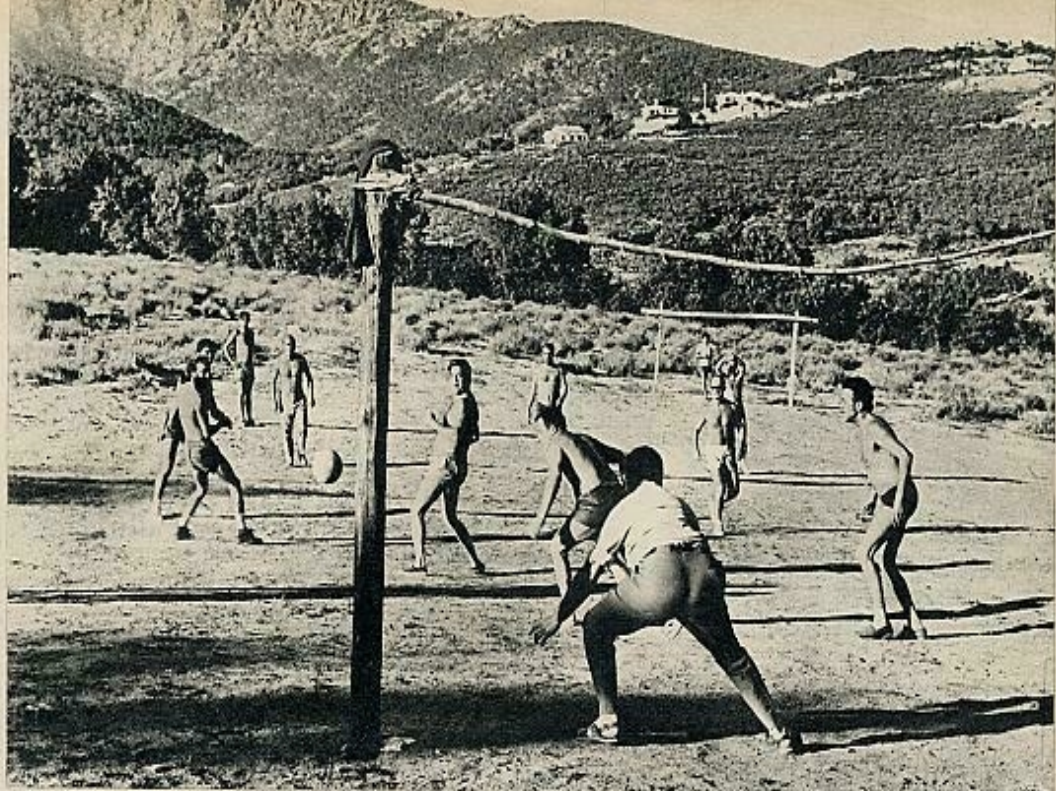


de Asturias y Santander se reproduce aquí en pequeña escala, pero uno de los atractivos del veraneo en Cercedilla, en esta España sintética del consumismo, es la posibilidad de beber leche fresca.

Juan Ripollés me iba explicando, en el curso de nuestro paseo, muchas cosas de Cercedilla y de sus veraneantes. Me enseñó la casa del pintor Joaquín Sorolla y también la de don Santiago Ramón y Cajal. En la vecina colonia de Camorritos veranearon don Manuel Bartolomé Cossío y otros miembros de la Institución Libre de Enseñanza. Incluso hoy el Ayuntamiento se precia de dar albergue veraniego a una terna tan comprensiva de la intelectualidad española como puedan serlo Luis Rosales, Ramón Tamames y Carmen Laforet. «Pero, desengáñate —me dijo Pedro Caba—, lo importante aquí es el veraneo del cierre».

Esto del veraneo del cierre es una teoría suya que una observación superficial parece confirmar. La frase alude a los propietarios de bares y pequeños comercios que «echan el cierre» del establecimiento y se marchan a descansar a la Sierra. Cercedilla, o cualquiera de los pueblos vecinos, es para ellos un lugar ideal porque les permite tener allí a la señora y a los niños y pasar con la familia los fines de semana. En los días laborables, Cercedilla se despuebla de maridos y se ve a las señoras con los pequeños, en grupos de dos o tres, todas ellas muy arregladas y peinadas de peluquería, en la misma actitud complacida con que se pasean por las calles de Madrid. Si acaso el comerciante puede tener quince días de descanso y echar el cierre en permanencia o encontrar a alguien que le sustituya, la familia se marchará a Benidorm a engrosar la corriente de madrileños hacia su más reputado barrio marítimo. Por ello, las conversaciones de las mujeres veraneantes de Cercedilla versan muy principalmente, aparte de las más socorridas de los trapos, las criadas y las artes de la peluquería, sobre los días que pasaron o van a pasar en la Costa Dorada. El veraneo en la playa constituye así, en el plácido ambiente de los pueblecitos serranos, un arma de combate de la competencia entre las mujeres.

El sábado por la tarde llegan los hombres. La pequeña plaza central, apenas un ensanchamiento de la carretera que cruza el pueblo, se llena entonces de familias felices de encontrarse



Todos los domingos se juega un partido de fútbol en el cual el interior y el delantero centro se tratan de usted.

de nuevo tras la separación de la semana. Ahora son muchos los maridos que vienen en sus utilitarios, pero la estación se ve todavía llena de gente a la hora de la llegada de los trenes. El tren clave parece ser el de las ocho. Las terrazas del bar Muñoz y del bar Sánchez, en los claros del aparcamiento, estaban a rebosar. Los autobuses maniobraban en las estrechas callejas. A los veraneantes de los chalets se unían ahora los de las residencias que algunos grandes bancos tienen establecidas en el pueblo. Cercedilla recibe también, gracias a ellos, el nombre de Banquilandia, aunque, por lo que pude apreciar, no veranean allí los banqueros, sino los bancarios, que es una cosa completamente distinta. Nos sentamos en uno de los bares y pedimos una ración de «sardinas a la bombi». Hasta en sus especialidades de aperitivos es Cercedilla una sucursal de Madrid. Las «sardinas a la bombi» es una variante achulapada de las que se llaman en los barrios populares de la capital de España «sardinas a la bon buplé», y son filetes de sardinas fritos cuidadosamente limpios de espinas. A primera vista, el nombre parece inventado por el mismísimo José «Botella» Bonaparte en persona. Analizándolo más de cerca se echa de ver que no se trata más que de una imitación fonética de palabras francesas para designar una exquisitez española.

Mientras estábamos allí sentados, mi amigo me mostró ejemplos vivientes del veraneo del cierre. «Fijate —dijo— en esa familia. El marido lleva un anillo con una piedra verde».

Una característica de esta gente es que tratan de distinguirse por todos los medios de las clases populares a que originalmente pertenecían. Según Caba, el anillo de piedra verde está considerado como socialmente inferior al anillo de piedra roja. «Cuando este señor tenga más dinero y amplíe su negocio, se pondrá un anillo de piedra roja». Las mujeres, a tono con la idiosincrasia de la familia, iban muy pintadas y con el cabello cardado, por lo general teñido de rubio. Los niños, muy arreglados, peinados con felpo. Aunque había jóvenes con camisa de verano y el jersey negligentemente colocado sobre los hombros, predominaban las chaquetas y corbatas. La americana no es solamente en España el uniforme de pedir créditos y asistir a las conferencias de la Real Academia de Jurisprudencia. Está profundamente enraizada en el alma nacional. No se permite la entrada sin chaqueta en las salas de fiestas, y hasta hace muy poco tiempo era de rigor en todos los cines y ya no digamos en los teatros. Antes de 1950 estaba prohibido en Madrid lo que entonces se llamaba «andar por la calle en mangas de camisa». A mí mismo, siendo estudiante, me pitaron en la calle los guardias por atreverme a cruzar la Puerta del Sol con una camisa de color verde. Hoy no sucedería nada parecido en Madrid ni en Cercedilla, ni en ninguna parte, pero a un amigo mío que veranea allí le llamaron la atención los guardias hace unos días por el simple hecho de andar en short por el pueblo.

Después de recriminarle, le preguntaron: «¿Es que se ha creído que está usted en una playa, o qué?».

El domingo fue un día estupefante. Nos juntamos unos cuantos amigos en el jardín del chalet. Seríamos diez o doce en total, sin contar los niños. Los chalets de Cercedilla son muy bonitos, con esa calidez recolecta, iba a decir monacal, de veraneo antiguo. En el jardín hay castaños, un césped ralo que el propietario riega con manguera de plástico azul, una mesa de piedra con bancos, columpios para los niños. Casi todos los chalets tienen una pequeña piscina, a veces común para tres o cuatro. Nos estuvimos bañando y tomando el sol. Como la piscina estaba rodeada de alambreadas por temor a que pudieran entrar los pequeños, para llegar a ella desde el jardín teníamos que saltar a la terraza de la vecina. En un momento todo fue confusión. Chapoteaban los niños en el agua con los flotadores y un muchacho grandote se tiraba de barriga con gran estrépito. En la casa de al lado lloraba un rorro con toda la fuerza de sus pulmones. Desde dentro de la piscina, que ahora estaba llena de gente, salpicábamos a las chicas, que protestaban desesperándose al sol. Alguien trajo una lata de folegras casero y un pan de pueblo. Junto a la mesa de piedra, donde habían comido los niños, pusimos otra de madera, más alta, y nos sentamos a comer en escalera. Como había allí tres o cuatro familias, se juntaron varias clases de comida. «¿Quiéres gazpacho?» «Prueba el pisto con arroz, está muy bueno» Había raviolis, filetes de

vaca, trozos de cordero. «¿Que- da alguna cerveza?». «César, vete a casa a por hielo, ¿quieres, guapo?». Los niños andaban por allí peleándose, jugando en los columpios.

«Natalio, no llores». «Papá, después de comer me tienes que hacer un tiragomas». «Cuando salgas, cierra la puerta del jardín. Se va a escapar la Currita».

Por la tarde, después de ses- tear en el césped, las mujeres se pusieron a jugar al parchís mientras nosotros nos prepara- mos para el partido. Desde hace al menos dos años se celebra to- dos los domingos en el barrio de Las Heras, de Cercedilla, un partido de fútbol entre los vera- neantes. El campo, que está frente al chalet de mis amigos, es una explanada de poco más de cincuenta metros de longi- tud, con porterías construidas con postes y el larguero atado con mangas de camiseta y cintu- rones viejos. En sentido longitudi- nal es plano, pero en el trans- versal tiene un marcado desniv- el, de tal modo que el punto desde el cual se tira el córner, en la posición teórica del extre- mo izquierda, se encuentra por encima de la portería que da la espalda a la Sierra.

Hacia las seis de la tarde, ya por tradición, empiezan a llegar los veraneantes de los chalets vecinos y se forman dos con- juntos, con los efectivos disponi- bles. Como muchos de los jugadores no se conocen entre sí y la edad media de los equipos oscila entre los treinta y cinco y los cuarenta años, es perfecta- mente posible que el interior le llame de usted al delantero cen- tro cuando le anima a rematar la jugada. Resulta así un fútbol antiguo, enormemente clásico. Formamos dos equipos capita- neados por el Doctor y por el Barbas. Eramos unos siete en cada conjunto. De portero, los del Barbas, teníamos a José Luis Abellán, uno de los más brillan- tes expositores del pensamiento español contemporáneo, el cual realizó un partidazo. Otro puntal del equipo fue Juanito Montalvo, que compartía la delantera con- migo y con un desconocido que dijo llamarse «el Guti». Cada vez que le pegaban a Juanito una pa- tada gritaba: «No vale. Para eso, iros al Vietnam». No había árbi- tro ni cosa que se le pareciera, y los castigos se decidían por unanimidad. El Barbas se lució lo suyo, corriendo sin descanso detrás de la pelota. Antes de empezar el partido, su mujer me había dicho: «Es el que mejor juega, pero siempre pierde». El partido duró tres horas y media. Perdimos por nueve a siete.

## ...Y LOS «RODRIGUEZ»

El veraneo en Cercedilla, y en todos los pueblos de la Sierra, es para los hombres un comple- mento idílico, durante los fines de semana, del veraneo de Ma- drid Baden-Baden de los días la- borables. El lunes, muy de ma- ñana, los maridos regresan a la capital que, a aquella hora emi- nentemente obrera, se desayuna con aguardiente y churros. El acceso por la Universitaria es un hervidero de utilitarios. En las villas de la Puerta de Hierro duermen todavía los viejos oli- garcas, con el pijama a rayas azules y blancas que tiene en los ojales de la chaqueta adornos de uniforme de húsar. Para las once de la mañana, la ciudad, reforzada por el «sector mascu- lino» recupera su verdadera di- mensión. No todos los que vuel- ven de la Sierra son Rodríguez ni tampoco todos los Rodríguez vuelven de la Sierra a esa hora. Hay Rodríguez poderosos, con picadero y cuenta corriente, cu- ya familia veranea en Marbella. Pero estos Rodríguez no se bau- tizan con ese nombre sino quan- do bromean con sus mujeres o con sus amigos. Los verdaderos Rodríguez se cuentan entre la gente de la clase media. Conviene recordar que el nombre que se les aplica procede del hecho de que, cuando un hombre en esas circunstancias conocía o entraba en relación con una mu- jer, daba invariablemente el ape-

lido de Rodríguez para escapar a posibles compromisos. Apenas es necesario aclarar que este nombre clásico ya no se utiliza (ni siquiera por los que se lla- man Rodríguez de verdad) sin caer en un tópico manido. Lo importante, sin embargo, es el espíritu y no la letra. Los hom- bres casados que tienen la fami- lia de veraneo y campan por Madrid de noche en grupos de dos o tres ya no se llaman a sí mismos Rodríguez, pero son Ro- dríguez genéricamente. Suelen ser hombres ya maduros pulcra- mente vestidos y cuidadosamen- te afeitados con dos pasadas, que huelen a masaje facial y lle- van por lo común medalla, insig- nia, llavero y cartera. Raramente van solos, sino en grupitos con- vocados telefónicamente por la mañana. Siempre hay uno más atrevido que los demás, más di- vertido, que suele llamarse Ma- nolo, y otros más serios que se avergüenzan un poco por andar ligando por las cafeterías tenlen- do como tienen tienda de elec- trodomésticos e hijas casaderas. «Manolo, eres un salao», le di- cen al más animado del grupo, y él, correspondiendo a su fama, aborda a dos chicas que toman un vermú en la barra del bar: «Oye, ¿qué coméis vosotras?». «Nosotras, ¿por qué?», contes- tan ellas. «No, por nada, para comer lo mismo, a ver si me pongo así de guapo». El ligue es difícil, no se consigue en un mo- mento. «Ir a dar una vuelta» sig-

nifica entre los hombres ir a un cabaret o a una sala de fiestas. Hay que ser «muy zorro», suele decirse, para que las descorcha- doras no le levanten a uno una botella de champán. «Manolo es muy zorro, se pasa de bien con él...». Cuando se cierran los ca- baretos se ve salir de allí a los hombres, unos acompañados, la mayor parte solos, con sus ami- gos. De madrugada, con sus «seiscientos», los Rodríguez ha- cen carreras de coches por la Castellana o se les ve en las esquinas, en grupitos, contándo- se fabulosas aventuras de otras noches en que los demás no es- taban. Los Rodríguez de provin- cias, recién llegados a la capital, se asombran de que pueda exis- tir en el mundo un lugar tan ex- citante y divertido.

Así, mientras las señoras, en los pueblos del módico veraneo del cierre, presumen de haber estado en Benidorm o de ir a Benidorm o de llevar jersey o de dormir con manta, o de tener o no tener criada, los Rodríguez llenan las noches de Madrid. Cuando, saliendo de la juerga, se sientan al volante del coche para volver a casa, se les llena la boca de un regusto amargo. En el tablero de mandos del coche, montadas en un marquito de cuero, están las fotografías de unos niños rubios y de una se- ñora peinada de peluquería: «No corras. Te esperamos». ■ L. C.



El Seat-124 ha sido compañero inseparable de nuestros informadores, facilitando el largo viaje veraniego que de otro modo no habría sido posible.

**FIN DE LA SERIE**